

las manos mas diestras y experimentadas los pobres recursos de nuestro arte; pero se considerarán útiles siempre siquiera salven la vida de uno solo de nuestros semejantes: El escollo es y será igual para los Villagran, como para los Dupuytren, los Dessault, los Scarpa y los Nélaton.

La exquisita modestia del Sr. Villagran se opuso á que no brillase en el mundo á la par que tantos otros, que respetan su memoria y pregonan su mérito. Algun práctico europeo que vive entre nosotros y que se ha empeñado en no ceder á nadie su puesto en México le reconoció sus grandes dotes: yo mismo lo he oido de sus lábios.

Su trato era afable. Su conducta ejemplarísima: fué el modelo perfecto del hombre virtuoso. Firme en las creencias, de sus mayores nunca las desmintió ni de pensamiento, ni de palabra, ni de obra. Frecuentaba la mesa de la Sagrada Eucaristía, (1) y nutrido casi diariamente con el pan de los ángeles por donde quiera derramaba el consuelo, los buenos consejos, los buenos ejemplos. Mantuvo á sus expensas luego que pudo á sus ancianos padres, hasta que murieron, y en el hogar doméstico procuró sembrar y cultivar la preciosa semilla de sus nobles sentimientos.

Contrajo matrimonio el 17 de Noviembre de 1848 con la apreciable Sra. D<sup>a</sup> Josefina Heras. Tuvo once hijos, de los cuales viven las Sritas. Angela, Coral, María de la Luz, María del Rosario, y Enrique, Manuel, Alfonso, José y Francisco. No obstante que era numerosa su familia recogia huérfanos á quienes amaba y educaba como á hijos propios.

En Abril de 1870 hizo su primera manifestacion la cruel enfermedad que le arrastró á la tumba produciendo una abundantísima hemorragia nasal que repitió diez y ocho meses despues, el 27 de Agosto de 1871. El reblandecimiento agudo del cerebro hizo rápidos progresos no obstante la cuidadosa asistencia del médico de cabecera, su fiel y constante amigo el Sr. Hidalgo Carpio. Por fin Dios dispuso llevarlo á la mansion de los bienaventurados á las once y media de la noche del dia 5 de Setiembre de este año. ¡En paz descanse!

La Escuela de Medicina hizo á su cadáver los honores de costumbre en tales casos y le depositó en el Cementerio general de la Piedad.

México, 12 de Noviembre de 1872.—JUAN MARIA RODRIGUEZ.

---

**Discurso pronunciado en el Cementerio general de la Piedad por el profesor D. Eduardo Liceaga, en representacion de la Academia de Medicina. (2)**

SEÑORES:—¡Ha muerto un hombre mas!

¡Qué importa á la multitud indiferente este suceso que se renueva todos los dias!

¿Por qué nos reúne aquí este acontecimiento tan comun?

---

(1) La víspera de su muerte comulgó en el templo de Balvanera.

(2) No habiendo remitido el Sr. D. Francisco Ortega á esta redaccion el discurso que pronunció á nombre de la Escuela de Medicina, nos vemos privados de poderlo dar á luz.

Es, señores, porque el que ha muerto no era un hombre vulgar, porque no nos es indiferente.

Es porque la muerte deja de ser un hecho simplemente orgánico desde el momento en que la consideramos en determinada persona.

El que hoy yace cadáver era ayer uno de nuestros compañeros de trabajo en la noble profesion que hemos abrazado. La ejerció ilustrado por la ciencia y animado por la caridad. La rectitud en el juicio, la abnegacion y el desinterés formaban el fondo de su carácter. ¿Y nos será indiferente la pérdida del hombre que poseía estas cualidades?

Su larga práctica en los hospitales y su dedicacion al estudio de la medicina operatoria le sugirieron nuevos procedimientos que, enriqueciendo la ciencia, perpetuarán su memoria y honrarán á nuestra Escuela. Su honradez sin tacha y su honorabilidad han contribuido á la buena reputacion del establecimiento en donde hemos recibido nuestra educacion y en donde es tan justamente sentida su muerte.

La Academia de Medicina, á la que tengo la honra de representar en esta solemnidad, contaba al Sr. Villagran en el número de sus fundadores: llevó á esta asociacion su contingente de saber y de experiencia, su constancia nunca desmentida, su laboriosidad y su moderacion. ¿Podrá sernos indiferente la pérdida de tan distinguido socio?

Pero lo que realizaba en él, señores, era la verdadera modestia, la rara modestia, la humildad en el saber.

Penetrad conmigo ahora al hogar doméstico del compañero que acabamos de perder, y contemplaréis allí á uno de esos héroes de la fé en el porvenir y de la perseverancia.

Perdida la fortuna de su familia siendo muy niño, la virtuosa madre del Sr. Villagran le educó á costa de trabajo personal incesante. Apenas formado le veis sostener con el producto de su trabajo, con su inmenso cariño, con sus delicadas atenciones, con su bondad, á los que le habian dado la vida y la educacion. Forma despues su propia familia, consagra á ella todos sus desvelos y todo su corazon, y la muerte le sorprende antes de ver á sus hijos crecidos y logrados.

Reflexionad en el desconsuelo de sus amigos, en el vacio que deja entre los desgraciados á quienes aliviaba sus penas y sus dolores, en su infortunada esposa y sus hijos huérfanos, y convendreis en que no es indiferente la muerte de un hombre mas.

Pero es grato recorrer una vida que la bondad hizo apacible, el corto trabajo, sublime el amor y la abnegacion.

Decidme si la muerte puede igualar á este hombre con los que no dejan mas huella de su paso que la perversidad y los desastres, ó con los que han esterilizado su existencia en la ociosidad y en la ignorancia?

Contemplad á la muerte desde la altura en que nos encontramos colocados, y perderá su vulgaridad el hecho, y su terror la trasformacion de la materia: pensad en el espíritu que voló á su Criador y en sus obras que aquí quedan en beneficio de nuestros semejantes: reflexionad en que trabajó para el bienestar de nuestra patria en el círculo de accion en que á la Providencia plugo colocarle, y decidme si no es provechoso venir á tomar ensenanza en la tumba que ahora se va á cerrar?

Señores: arranquemos á la muerte sus horrores; probémosle que no arrebatamos mas que la materia, que desata nuestro espíritu, que es impotente para borrar las buenas obras en favor de nuestros semejantes; ciñamos las sienas de los que entran

al sepulcro con la corona tejida por nuestra admiracion y nuestro respeto; perpetuemos la memoria de los que han obrado bien y han sido útiles á los demas; sigamos el noble ejemplo de su vida, y con esto habremos honrado mas su memoria que derramando lágrimas estériles sobre su cadáver.—Dije.

Setiembre 9 de 1872.—EDUARDO LICEAGA.

---

**Discurso pronunciado por el Sr. profesor D. Gil Servin, nombrado para el efecto por la Sociedad Médica de Beneficencia.**

La Sociedad Médica de Beneficencia, no por encontrarme con aptitud, sino atendiendo tal vez á mis afecciones íntimas hácia nuestro compañero el distinguido profesor D. José María Barceló y Villagran, me ha hecho la honra de elegirme para que la represente hoy en el funeral de uno de sus mas esclarecidos miembros.

Si á tal consideracion debí ser electo no en balde apeló á mí, hondamente lastimado en el corazon con la sensible pérdida de un amigo, para que fuera el intérprete fiel de sus lúgubres sentimientos.

Antes de continuar debo protestarle á la Sociedad mi reconocimiento.

Ligado con el Sr. Villagran por una antigua amistad, y desempeñando á su lado hace muchos años un cargo en uno de los hospitales del municipio, tuve mejor que nadie, como testigo presencial, dia por dia, hora por hora, la oportunidad de apreciar con provecho mio los resultados fecundos de su vasto saber y de admirar á cada paso los variados matices de sus virtudes eminentes.

La muerte es un fenómeno fisiológico que á cada momento presenciamos; es un suceso natural que todos esperamos, unos tranquilamente, otros con zozobra; pero cuando ella hace presa en una persona que nos es cara ó que por sus virtudes y talento se ha hecho acreedora al aprecio universal, nuestro corazon, el instinto quizá de la conservacion de todo lo que es bueno, ó, en fin, el interes comun y recíproco parecen sublevarse protestando enérgicamente contra un hecho, inevitable sin duda, pero que nosotros vemos preocupadamente como expropiacion, porque se nos priva de una existencia necesaria, á nuestro juicio, para el bienestar privado ó para el movimiento regular y perfecto de la máquina social.

Quisiéramos que estos seres privilegiados pasaran invulnerables y llenos de vida al través de muchas generaciones sucesivas, derramando incesantemente sobre la tierra los benéficos frutos de su saber y de sus buenas obras.

Mas esto es imposible. El *morte morieris*, el anatema del fin de la materia viviente grabado en ella desde los primeros instantes de la concepcion, es una ley inapelable de la que nuestro sentido amigo el Dr. Villagran no pudo sustraerse. La muerte le sorprendió en medio de su carrera esplendente. El cuerpo fatigado despues de una larga y penosa travesía vuelve otra vez á la morada primitiva. La tierra reclamó ya la materia como uno de sus despojos, pero la memoria de sus grandes acciones sobrevive. El alma purísima, despojándose de su pesada cubierta, se ha elevado á ocupar el asiento que se le tenia designado en la mansion eterna.